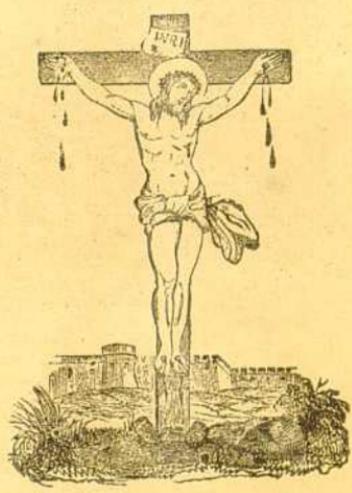


El Libro de Don J. M. de Vivancos
C

EJERCICIO
DE
Semana Santa.

POEMA A JESUS.

POR
DON JOSÉ MARIA DE VIVANCOS.



GRANADA.
IMPRESA DE BENAVIDES,
calle del Milagro, núm. 5.
1856.

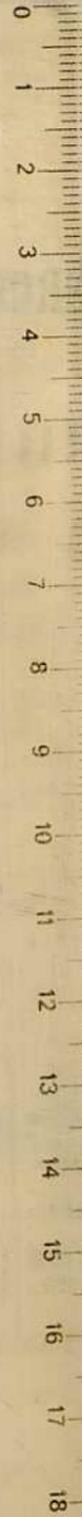
BIBLIOTECA HOUSTON
GRAN

Sala:

Estante:

Numero:

001
055 (14)



Genma

POHM

NOV 1901

Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala C
Estante 19
Número 36 (16)



La Flor del Gólgota.

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

C

Estante:

001

Numero:

056 (16)

Semana Santa.

POEMA A JESUS.

HONORABLE MARIÁ DE VIVANCOS



GRANADA

IMPRESA DE BERNARDO

Calle de San Juan, 2.

1870.

Biblioteca Universitaria
GRANADA
C
Estante 19
Número 36 (16)



La Flor del Gólgota.

Handwritten text in a rectangular box, possibly a library or archival stamp, containing illegible characters.



Handwritten text or a signature, located below the central illustration, which is mostly illegible.

LA FLOR
del Gólgota.

POEMA A JESUS.

Contiene además las siete palabras
en verso castellano, y las catorce
oraciones para la Via-Crucis, con
un nuevo *Stabat Mater*,

por

DON JOSÉ MARIA DE VIVANCOS.



GRANADA.

IMPRESA DE BENAVIDES,
calle del Milagro, núm. 5.

1856.



LA FIOR
del Götter.

FORMA A TERRE.

Contra ademas las siete pulgares
en verso cantadas, y las cantos
nuestros para la Vida eterna
un nuevo sistema Water.

1801

DON JOSE MARIA DE VIVAR

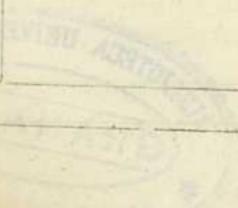


OSCARA

IMPRESA DE DON JOSE MARIA DE VIVAR

en la calle de San Francisco, número 10.

1801



AL ESCELENTISIMO É ILUSTRISIMO SEÑOR

Don Salvador José de Reyes Garcia de
Lara; arzobispo de Granada; caballero
gran cruz de la real y distinguida órden
española de Carlos III; senador del rei-
no, etc , etc.

SEÑOR.

Al dedicar á V. E. I. este débil
producto de mi imaginacion, me em-
baraza no poder llegar á la alteza
que es debida á quien tanto vale; pe-
ro convencido que nadie mejor que
V. E. I. por su esclarecido talento,
asi como por los bellos sentimientos
que se albergan en su noble corazon,
su generosidad y su indulgencia,
puede apreciar en algo el pobre can-
to que ha inspirado á mi mente la
grandiosidad del sacrificio del uni-
génito de Dios, me animan á supli-
carle se sirva admitir bajo su pro-
teccion mi mezquino trabajo: que si
no es digno, como llevo dicho, de
V. E. I., es al menos la efusion de un

alma admiradora de las grandes do-
tes de inteligencia con que ha queri-
do el cielo engalanarlo y á la alta
posicion que con sus virtudes ha sa-
bido conquistarse.

B. A. V. E. I. L. M. S. R. S.

José Maria de Vivancos.

INVOCACION A LA VIRGEN.

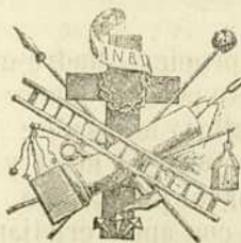


A Ti, reina y señora de la altura,
dirijo humilde mi primer mirada:
en Ti mi confianza se asegura,
porque todo está en Ti: sin Ti no hay nada.
Alienta á esta terrena criatura,
que con tu amparo y con tu fe escudada,
pretende osada, sin ninguna ciencia,
bosquejar de Jesus la gran clemencia.

Inspírame propicia, Madre mia,
y no me deje tu potente mano:
que si es orgullosa mi osadía;
si altivo el corazon es necio y vano,
católico fervor mi pluma guía
y yo te adoro con amor cristiano:
sírvenme, pues, de proteccion y escudo,
y el lauro entonces alcanzar no dudo.

De tu divina gracia una centella
venga á alumbrar mi oscurecida mente;
sé Tú la clara luz, la blanca estrella,
que ilumine, Señora, claramente
el áspero camino de mi huella,
para llegar al fin, y reverente
el pensamiento en Ti teniendo fijo,
cantar el sacrificio de tu Hijo.

Así lo espero en vos, Madre y señora,
perdonad lo mezquino de la ofrenda ;
y pues tanto cariño se atesora
en vuestro santo pecho, y en la senda
del misero erial, la protectora
del hombre fuisteis, la tupida venda
de mis ojos quitad, porque en mi anhelo,
no caiga al estender mi frágil vuelo.



A vosotras las almas que en el suelo
cruzaís por el camino de la vida,
sin volver vuestros ojos
hacia aquel justo Dios, que desde el cielo
con elemencia cumplida
vino á pisar del mundo los abrojos,
y de sí mismo en nombre
quiso morir para salvar al hombre ;
á vosotras que en medio los placeres
y exentas de juicio,
no veís un mas allá grande y eterno ;
á vosotros los seres
que el piélago surcaís del torpe vicio,
sin ver en vuestra tumba
la voz de eternidad que airada zumba,
á vosotros mis quejas os envío :
y ojalá que el vacío
que en vuestros pechos la impiedad levanta,
al escuchar el eco de mi lira

aunque ignorante y ruda,
logre llenar guiando vuestra planta
al lugar donde espira,
borrando las tinieblas de la duda,
el santo de los santos: y en él fijos
los ojos de sus hijos,
conviértalos dulcemente
del Gólgota en la cumbre
el mirar su celeste mansedumbre.—
Y vosotros también, los que al pecado
retornando el semblante,
guardais en vuestras almas la entereza,
caminando adelante
espejos de virtud y de nobleza;
vosotros que holocausto rendis á la piedad,
dando el consuelo
cuando el cristiano con su fe vacila,
mis cuitas escuchad;
pues si por alta permission del cielo
vuestra conciencia está pura y tranquila,
del porvenir sañudo
no atais en vuestra mano el fuerte nudo;
su libro está cerrado
y para Dios tan solo reservado.
A vosotros por fin, ciegos paganos;
pueblo vil sarraceno;
judáicas huestes que correis errantes;
los que en confines pobres y lejanos
habitais por desgracia, en vuestro seno
á la verdad cristiana
todo espacio negando,

recoged vuestro espíritu, y atentos
la rodilla doblando,
escuchad los acentos
que envueltos en las brumas de este día,
mi católico celo vos envía :
oid... oid la historia
del supremo Hacedor, rey de la gloria.
Venid y vertereis amargo llanto,
de indignacion llenando vuestro pecho,
al mirarse cumplida
la prediccion que del cordero santo
anunció la venida :
venid y ved cómo el infierno huye
rugiendo de despecho;
cómo el hombre destruye
en su brutal tiránico delirio,
aquel nevado floreciente lirio.
Cómo vertiendo la preciosa sangre
del supremo Señor, en su locura,
y lleno el corazon de podredumbre,
blasfema impío del que el bien procura
para aquella ignorante muchedumbre,
y cómo el pedestal del evangelio
revuelto en su sudario
levántase en la cima del Calvario.
A su brillante luz, el orbe entero
siga la senda que trazó el unguido:
fructifique lozano
aquel augusto y áspero madero
símbolo de salvacion: álcese erguido,
y cobijando con su santa sombra

cuantos pueblos alumbre
el sol desde su cumbre:
cuantos habitan la region del hielo,
hasta el ardiente y africano suelo.

II

¿Qué busca ese tropel que alborozado
la gran Jerusalem va recorriendo
y preces mil entona?
¿Qué indica ese clamor que entusiasmado
por los aires hendiendo,
el júbilo pregona
de todo un pueblo, que disputa ansioso
llegar hasta las puertas, y sin tino
alfombra de laureles su camino?
¿Por qué baten sus manos
verdes olivas y energuidas palmas,
intérpretes haciendo
sus labios de sus almas,
que rebosan en férvida alegría
en tan solemne y esperado día?
¿Será que en son guerrero
avanza victorioso algun caudillo,
que en el combate fiero
y de su espada vencedora al brillo
consiguiera domar bravas legiones,
que alzando sus pendones
amenazaban en sangrienta guerra
el dominio adquirir de aquella tierra?
¿O acaso el vencedor, en la árdua liza

quitóles un tesoro,
y tornando en ceniza
su orgullo y su poder, conduce el oro
que á su patria ha de dar sin duda alguna
valimiento y honor, nombre y fortuna?
Quizá ya se adelanta
el lucido escuadron: tal vez ya llega!
Pues bien; llevemos hasta allí la planta:
¿Quién del placer se niega
á visitar el templo,
si tan gran multitud nos da el ejemplo?
Mas ah! qué admiracion! que entre la nube
del denso polvo, que en ancho remolino
arreatado sube,
solo un hombre se ve, que en su camino
avanza lentamente,
doblegando su frente
donde se pinta la humildad mas bella;
sobre innoble animal viene montado
y siguiendo su huella
por uno y otro lado,
miserable cortejo que en su porte,
no de lujosa corte
apariencias revela; pues su abrigo
tal vez son los harapos del mendigo.
¿Quién es, decid; quien es quien su grandeza
demuestra en el semblante,
llevando su pobreza
con ánimo arrogante?
Callad, callad; que el pueblo que lo abona
sus títulos y nombre ya pregona.

— Bien venido, Señor de los señores:
el hijo de David; el anunciado
por el grande Isaías;
pise tu planta las gallardas flores
que el pueblo ha preparado,
á Tí, que eres ungido
y entre todos los buenos escogido.
Hosanna... hosanna hasta la altura
cantemos á tu nombre:
y pues dichas augura
la venida del hombre
y nuestro bien Tú creas,
oh supremo Señor,... bendito seas!

.....
¿Con que eres tú, mi Dios, que obedeciendo
la prediccion sagrada,
comienzas tu carrera,
y del triste mortal las faltas viendo,
le vienes á ofrecer, abandonada
dejando tu mansion, la nueva era
en que el nudo rompiendo á la ignorancia
el camino conozca de tu gloria!
¿Y tú por el pecado
víctima espiatoria
habrás de ser, cuando tu aliento solo
sostiene el mundo desde polo á polo..?
¿Tú que sujetas con tu fuertemano,
moviendo á tu albedrio
el gigante Océano,
las estrellas y el sol en el vacio;
que trastornas el seno de los mares;

que la tierra fecundas
dándole fruto y plantas á millares;
que de luces inundas
el anchuroso celestial espacio,
y vives en tu ser, grande, infinito,
sin principio ni fin eternamente,
tú doblarás contrito
tu hermosísima frente
al bárbaro furor del hombre impio!
Qué inmensa es tu bondad! Oh Jesus mio!
Tú sabes bien que el pueblo que te aclama,
que tu nombre pregona,
que padre, padre, sin cesar te llama,
va á tejer la corona
que en su torpe rudeza
punzará tu cabeza;
tú no ignoras tampoco que los labios
que hoy te bendicen con amor ardiente,
formularán agravios
en tono irreverente;
Tú ves entre el tropel de ese bullicio,
los mismos que á erigir van tu suplicio,
y perdonas la raza maldecida
por la que vas humilde
á entregar en el Gólgota tu vida!
Tan solo en tu largueza
puede haber tan divinal grandeza!



Este mi cuerpo es: esta es mi sangre;

dijo Jesus con dolorido acento,
al contemplar en torno
y entre aquellos humildes pescadores
de quien formó su grey, el macilento
rostro de Judas: que el fatal bochorno
que al delincuente humilla
pintado en su mejilla,
marcaban al precito
con el negro borron de su delito.
Comed; este es mi cuerpo, cuya venta
contratada está ya;
de entre vosotros uno, á su maestro,
cubriéndose de afrenta
y al resplandór siniestro
del oro que despierta su codicia,
entrega sin piedad; con fiero encono:
del cielo tema la imparcial justicia:
compadezco su error y le perdono.
¡Ay de aquel hombre
tan ciego en su pecado,
por quien del hombre el hijo es entregado.
Los himnos sacrosantos entonemos
y conmigo venid, donde alabanza
rindiendo al Creador,
calme el quebranto
que en mi abatido espíritu se lanza
mirando tanto error:
tal vez mi llanto
mi tierno padre escuche desde el cielo,
y mitigue el anhelo
de tanta desventura :

apure solo yo tanta amargura.

IV

*Si este cáliz no puede, Padre mio,
pasar sin que lo beba,
hágase tu voluntad única y sola.*

Asi el santo cordero
su corazon eleva
y su alma acrisola,
impetrando su amor con fe sencilla
y en tierra la rodilla,
el auxilio del Padre que le ordena
en su saber profundo,
atarse á la cadena
de las miserias y el dolor del mundo.
Mas ay! que mientras tanto,
su dulcísimo llanto
del Olivet fecunda la alta cima,
alerta la traicion rápida avanza:
numerosa cohorte se aproxima
que á divisar se alcanza
entre el silencio de la negra noche,
cuando por suerte asoma
entre las quiebras de cercana loma.
¿Qué busca esa falanje que blandiendo
el acero luciente,
furias parecen que el infierno evoca,
y en su enojo rugiendo
altiva é insolente
á su paso destruye cuanto toca?



¿Acaso á combatir con su denuedo
del enemigo el dolo
caminan en tropel? no... no, mentira:
tan bélico aparato causa el miedo;
eso es miedo no mas de un hombre solo.
Porque es al Dios que el universo guia
al que buscan villanos:
es á aquel que aplaudia
el pueblo enantes con robustas manos,
y en su furor sin tino
alfombraba con flores su camino.
¡Raudales del Cedron! Romped la valla
que oprime vuestras líquidas corrientes:
inunden la llanura,
pues vuestro seno estalla,
espumosos torrentes,
y dad en vuestro seno sepultura
á esos seres ingratos que hora ansian
con coraje iracundo
posar su mano en el Señor del mundo.
Quién es aquí Jesus el Nazareno?
dijo el torpe sayon adelantando:
yo soy, qué me quereis?
Y como el trueno
precursor es del rayo, que talando
destruye cuanto encuentra,
la soberbia abatiendo
de alcázares dorados,
á una fuerza mayor obedeciendo,
del mismo modo con terror postrados
quedaron los sicarios, que en su ira

al ungido maltratan,
y en dobles lazos sus muñecas atan.
Fieros le empujan, y el camino sigue,
con innata humildad:
sufre la befa y el insulto sufre,
y ni el dolor consigue
postrar la majestad de aquel semblante,
sufriendo los agravios
sin asomar la queja entre sus labios.
Él los puede humillar; él puede en polvo
tornar á su verdugo;
su omnimodo poder á todos llega;
pero sucumbe al yugo
y al furor de los bárbaros se entrega.
Oh dulcísimo amor, grande, infinito!
Así debió de ser: estaba escrito!

V

Vedle pues; allí está; cárdeno el rostro;
su cuerpo macerado;
en sangre tintas sus hermosas sienes;
sujeto y maniatado;
sufriendo los vaivenes
de aquella multitud que le rodea,
que maldice y vocea
con mil acusaciones mentirosas;
desde Anás á Caifás es conducido;
aquí y allí insultado;
por donde quiera va, va perseguido,
después de ser negado

por Pedro el pescador, que en su conciencia
hallando acusador,
la celestial elemencia
impetró en su quebranto
borrando su delito con su llanto.

Y sigue, y sigue, las amargas heces
del cáliz de amargura
probando sin cesar, el blanco siendo
de aquella desalmada muchedumbre
por cuyo bien procura;
y siempre sonriendo
con santa mansedumbre,
pisa por fin el atrio del pretorio:

allí el jefe reside
á quien el pueblo pide
que levante un suplicio donde muera
como un malhechor el juez supremo
que en los orbes impera.

Oh perfidia! Oh maldad! ¡A tanto extremo
llegar pudieron solo
con su maldad por guia,
las rudas fieras que el desierto cria!

—Crucificalo, dicen; crucificalo:
de la ley obedece á los mandatos.

—No puedo, es inocente,
con cobarde temor clama Pilatos.

—Es un vil impostor, y es bien patente,
pues que Señor y rey él se apellida.

—Responde la verdad; eres monarca?

—*Mi reino es de otra vida*
y una estension sin limites abarca:

*para esto henacido
y tan solo he venido;
para dar testimonio aunque te asombre
de la verdad al hombre;*

*aquel que á la verdad rinda tributo
escuchará mi voz y hallará el fruto.*

—Crucificalo, repite alborotado
el pueblo alzando su tremendo grito.

—No puedo, le responde apesarado
Pilatos nuevamente: no hay delito.

—Se apellida Mesias; es blasfemo ;
haz que sufra la pena.

—Lavo mis manos pues y nada temo:
yo no te juzgo: el pueblo te condena.

Como el volcan arroja de su seno
entre el ronco fragor de su rugido

el espantoso trueno
y el áspero silbido

que forma al espedir la ardiente lava;
como el torrente que de inmensa altura

en ancha catarata va cayendo
por las peñas rodando,

hasta hallar sepultura
en el abismo horrendo,

árboles y campiñas assolando,
asi tambien, guiada de venganza,

la chusma se abalanza
sobre la presa que codicia aleve:

y arrancando su pobre vestidura
le escupen y le azotan,

y sin piedad se atreve,

para colmo poner á su amargura,
en sus sienes divinas
corona á colocar hecha de espinas.
De nuevo cubren sus desnudos miembros,
y en sus hombros colocan
el pesado madero que destinan
para infame suplicio:
mirad cómo provocan
al santo de los santos! Cuál caminan
ébrios en su placer y sin juicio
hácia el lugar de muerte!
El contento se advierte
retratado do quier en los semblantes,
al mirar que Jesus va decayendo,
dolores incesantes
en su cuerpo sintiendo.
Una vez y otra vez la tierra mide
al peso que le abruma:
una vez y otra vez auxilio pide;
y al concederlo en suma,
no es la piedad quien llena
las almas despiadadas; es codicia
de verle consumir la última pena;
mirar con alegría
el postrero dolor de su agonía.
Simon el cirineo presta ayuda
al paciente Jesus, que lleva al cuello
para encorvar aun mas con su rudeza
su divina cabeza,
el áspero dogal que impia mano
oprime á cada instante

con furor inhumano:
su planta vacilante
apenas puede sostener en tierra,
y tornando á caer, al cielo mira,
mientras en su pecho encierra
y en sus labios espira
el suspiro que arranca,
al ver con desaliento
el acerbo dolor de su tormento.
Mas oh dolor! Oh amargo desconsuelo!
para aumentar su duelo
á su bendita Madre dolorida
alcanza á ver entre el tropel confuso,
que triste y afligida
mirando el tierno amor de sus entrañas,
llega á dudar, en su dolor prolijo,
si el mártir es su hijo!
Pero no, no te engañas!
Él es á quien tú buscas:
él es por quien tus ojos
en divinos raudales
vierten un mar de límpidos cristales!
Oh madre la mas pura! la mas santa!
La mas caritativa y mas clemente!
Tu semblante levanta,
y mirando esa frente
de espinas taladrada,
reconoce por fin al Nazareno
que encerraste en tu seno:
su vívida mirada
la luz no tiene que tu antorcha era:

su blonda cabellera
que cual ricas guirnaldas
flotaba en sus purísimas espaldas,
perdiendo sus hechizos,
llena está de inmundicia, que la plebe
prendió sobre sus rizos!
Apura, triste Madre...! bebe... bebe
la copa del dolor que te destina
el que al cadalso con la cruz camina.
Une en estrecho lazo
el postrimer abrazo;
nuevo aliento recobra
y déjale acabar la grande obra.

VI

¡Llorad, ojos, llorad! Jesús ya muere!
Contempladlo en la cumbre del Calvario
envuelto en su sudario;
teñido con la sangre de sus venas!
Ved su costado abierto;
de negras manchas sus rodillas llenas;
su semblante cubierto
de las tintas del lirio;
sus manos taladradas
y sus piés desgarrados! Oh martirio
el mas nefando que contarse pudo!
¿Cómo al romperse el nudo
de tu santa existencia,
no desciende del cielo sin templanza
del Dios de omnipotencia

la espada de venganza,
y en feroz cataclismo
sepulta al mundo en el eterno abismo?
Vedle pues; allí está! Como un malvado
el Dios que á los ejércitos conduce
es en la cruz clavado.
Vedle pues; allí está! Vedle; ya espira;
ya dobla su cabeza:
el postrero estertor llegar se mira
y á fatigarle empieza;
ya se consume el sacrificio pio:
ya la mano inhumana
de ese pueblo judío,
arranca al hombre-Dios su último aliento;
parad solo un momento,
tigres feroces que la Libia cria!
Bárbaros sin corazón: pueblo inhumano!
hambrientos lobos que abortara un día
el árabe confin del africano!
Parad bajo la cumbre
que cerca de Sion alzarse mira,
y admirad como espira
con santa mansedumbre
el cordero divino;
mirad la última vez, porque ya viene
el postrimer momento,
y Dios su justa cólera previene,
y uno y otro elemento
saliendo de su quicio,
el eco van á ser de su juicio!
El sol niega su faz á los mortales,

y al universo aterra
la sombra de la noche
que cubre la estension de la ancha tierra.
La luz de los relámpagos fulgura:
y silba el huracan; y brama el trueno;
de yerta sepultura
dejan los muertos el profundo seno;
y el rayo rompe; y en los mares ruge
furiosa tempestad; sobre sí mismo
el orbe vacilando, sordo cruge
el monte, la ciudad, el hondo abismo;
y al resplandor que alumbraba
la quebrada eminencia
del Gólgota que oscila,
impávida y tranquila
se alcanza á ver la celestial figura
del santo Redentor; que mientras el giro
conmueve la natura,
exhala el postrimer hondo suspiro.
Entonces, con estrépito profundo,
sobre sus ejes se estremece el mundo.





Las siete palabras

QUE CRISTO NUESTRO BIEN DIJO EN LA CRUZ.

I

Hablando con su Eterno Padre.

Señor, que desde la altura
oyes mi tierna oracion,
y miras mi humillacion,
mi dolor y mi amargura!
Estos agravios procura,
si mis votos te complacen
olvidar, pues satisfacen
su encono con mi persona;

*mis enemigos perdona,
pues no saben lo que hacen.*

II

Hablando con el buen ladron.

Sufre, y sufre con paciencia
sin que te aflija el temor;
que hay otro mundo mejor
de mi Padre en la presencia.
Y pues que ya tu conciencia
del cielo escuchó el aviso
y ante Dios estás sumiso,
no tiembles, no tiembles mas;
*porque hoy conmigo serás
en el santo paraiso.*

III

A su tierna Madre y á san Juan.

Enjuga, mujer, tu llanto
desconsolado y profundo;
que aun te resta en este mundo
quien mitigue tu quebranto.
Al pecador con tu manto
cubre, porque el bien le cuadre:
asi te lo exige el Padre
y yo tambien te le exijo.
Mira, mujer, á tu hijo,

y tú contempla á tu Madre.

IV

Hablando con su Eterno Padre.

Señor! Si siempre propicio
á tus órdenes me hallaste,
y segun me lo ordenaste
he cumplido el sacrificio;
¿por qué en tu santo juicio
y en momerto tan sagrado
pareces de mí olvidado?
¿Si en tu proteccion confio,
porqué, *Dios mio...! Dios mio!*
por qué me has abandonado?

V

Dirigiéndose á Dios y á los hombres.

No juzgueis, Padre, la queja
en que prorumpan mis labios,
por encono á los agravios
con que el hombre me moteja.
Por mas que de mí se aleja
yo en perdonarle convengo;
que pues en tu nombre vengo
á ser benigno y clemente,
de padecer nuevamente
por sus errores, *sed tengo.*



VI

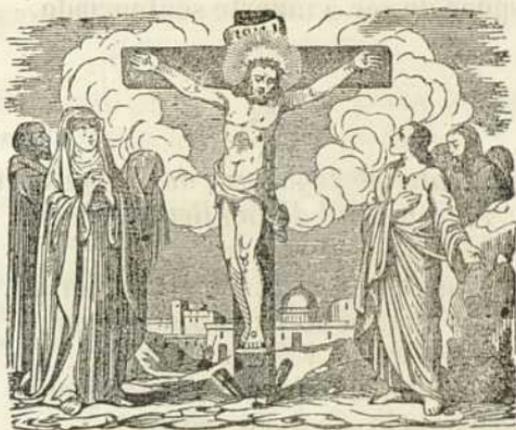
Dirigida al Supremo Hacedor.

Vine al mundo á padecer;
cobijóme la pobreza:
prediqué vuestra grandeza;
he sembrado sin coger.
En la cruz á perecer
tu voluntad me ha guiado:
al hombre dejo mostrado
que no hay salvacion sin Ti;
¿qué mas exigis de mí
si todo está consumado?

VII

A su Padre celestial.

Señor, de mi mente eleva
hasta Ti mi pensamiento;
en alas cruce del viento
y ante tus plantas lo lleva.
Las razas, hijas de Eva,
con fervor te recomiendo:
y pues la mision cumpliendo
madre les doy en mi Madre,
mi espíritu, tierno Padre,
en tus manos encomiendo.



La Via Crucis.

PRIMERA ESTACION.

Representa la casa de Pilatos.

Pára tu planta, pecador altivo,
y en este santo sitio considera
el lugar de baldon, donde un Dios vivo,
con celeste humildad su suerte espera.
Aqui de espinas el sayon altivo
su cabeza corona, y por la fiera

saña del pueblo vil es azotado,
despues de ser á muerte sentenciado.

III

*Representa el lugar en donde pusieron
la cruz al divino Redentor.*

No pases mas allá; mira y advierte
el lugar que recuerda á tu memoria,
si tienes corazon y ánimo fuerte,
aquel en que al Señor, rey de la gloria,
ya maltratado, de dolor inerte,
colocaron, cual prenda espiatoria,
en sus divinos hombros el madero,
altar del sacrificio del Cordero.

III

Representa el lugar de la primer caida.

Lágrimas viertan tus profanos ojos
al mirar á Jesus, triste, afligido,
taladrando sus piés duros abrojos
y bajo el peso de la Cruz caido.
¿Y fuistes tú el autor de sus enojos,
y no pides perdon arrepentido?
Contempla su humildad con fe sencilla,
y en aqueste lugar tu frente humilla.

EV

*Representa el lugar donde encontró Jesus
á su afligida Madre.*

Si tienes madre, y en tu pecho abrigas
la santa llama del amor de un hijo,
mas adelante pecador no sigas;
y el pensamiento en Dios teniendo fijo,
no le apartes, mortal, sin que consigas
comprender el dolor fiero y prolijo
que al paciente Jesus prensa y tortura,
al mirar de su Madre la amargura.



*Representa el lugar donde Simon el
Cirineo prestó su ayuda á Jesus.*

Nuevamente aprisiona aqui tu planta,
que aqueste es el lugar donde tropieza
Jesus en su afliccion; llegando á tanta
de sus verdugos la brutal fiereza,
que apretando el dogal de su garganta
á desmayar su espiritu ya empieza.
Entonces, por gozar en su destino,
le ayudan hasta el fin de su camino.



*Representa el lugar en que la mujer
Verónica enjugó el rostro á Jesus.*

Aqui fué, pecador, donde dolida
de tanto padecer, y acongojada,

una mujer al Redentor convida
á enjugar el sudor, en que bañada
iba su hermosa faz, y en que esculpida
su imágen fué por permission sagrada,
legando al porvenir tan gran consuelo
sobre los pliegues del tupido velo.

VII

*Representa la puerta Judiciaria, donde
Jesus cayó la segunda vez.*

Segunda vez en tierra prosternado
contempla al Redentor; ve su agonía:
mirale pues, contrito y humillado,
sin murmurar la suerte que sufría.
Considera que fué por el pecado
de aquella raza degradada, impia,
por quien Cristo padece tanta afrenta,
y tú los tuyos por los suyos cuenta.

VIII

*Representa el lugar en que Jesus halló á
las tres Marias.*

*No lloreis mas por mi, dijo piadoso
encontrando Jesus en su camino
á las santas mujeres: del leproso
la llaga no se cura, y va sin tino
duplicando su error; del valle humbroso*

llorad mas bien el misero destino;
por vosotras llorad. Ellas gimieron,
y á cortos pasos á Jesus siguieron.



Representa el lugar de la tercer caida.

Es la tercera vez, y poco falta
para llegar del Gólgota eminente
hasta la cima peñascosa y alta,
en que doblando su divina frente
en tierra da Jesus; la furia exalta
el ánimo brutal de aquella gente,
que arrastrando le llevan á la altura:
contempla, pecador; esa es tu hechura.



*Representa el lugar en que desnudaron á
Jesus, dándole á beber vino mezclado
con hieles.*

En aqueste lugar tu mente pára
y piensa, pecador, cuando al Cordero
el suplicio la plebe le prepara:
con salvaje placer, con valor fiero
su vestido le quitan, la algazara
creciendo al colocarle en el madero,
y mas cuando á beber le dan crueles
vino revuelto con amargas hieles.



*Representa el lugar donde Jesus fué
clavado en la divina Cruz.*

¿Escuchas esos golpes que van dando
los infames verdugos del ungado?
manos y piés con clavos taladrando,
del árbol de la Cruz le han suspendido:
nuevamente de espinas coronando
su hermosísima sien, queda cumplido
el vaticinio santo de Isaias,
en la augusta persona del Mesias.



*Representa el lugar en que fué asentada
la cruz con el divino cuerpo.*

¿Por qué tiembras, mortal, en la presencia
del paciente Jesus, si su martirio
causastes con tu culpa? A tu conciencia
demándale razon: y si el delirio
del error que domina tu existencia
te deja conocer, verás que el lirio,
que es en la dura peña colocado,
marchitó solamente tu pecado.

XXXI

*Representa el acto en que bajando el
cuerpo de Jesus, es puesto en los bra-
zos de la Virgen.*

Ya murió el Salvador: la luz que ardia
en sus divinos ojos, no fulgura:
muere con él el resplandor del dia,
y la tierra encapota noche oscura.
Calcula, pecador, la pena humbria
de aquella Madre celestial y pura,
cuando en sus brazos, con dolor prolijo,
recibe el cuerpo de su amante Hijo.

XXXII

Representa el lugar del Santo sepulcro.

Sobre la yerta losa, el cuerpo inerte
del amante Jesus es colocado:
¿y no consigues á compasion moverte,
ni hay ya suspiros en tu pecho helado
que muestren tu afliccion, al ver la suerte
que al Redentor divino has reservado?
Llora, llora infeliz, mal que te cuadre,
y el llanto enjuga de su triste Madre.



EL STABAT MATER.

Triste, sola y affligida
 por su dolor traspasada,
 estaba la Inmaculada
 al pié de la santa Cruz.
 Y al mirar sobre el madero
 pendiente al Cordero santo,
 empañados por el llanto
 falta en sus ojos la luz.

¡Quién de aquel alma en tal hora
 podrá pintar la amargura
 con que las heces apura
 de su tremendo dolor!
 ¡Quién á comprender acierta
 el sentimiento que agita

á la Madre mas bendita
contemplando al Redentor!

¿Y quién no llora contigo,
oh celeste Madré mia,
compartiendo tu agonía
y tu martirio fatal!
Corazon de dura roca
en pecho helado encerrara
quien la pena no calmara
de la reina celestial.

Su Hijo... su tierno Hijo;
de su clemencia en el nombre,
muere en la Cruz por el hombre
para alcanzar su perdon.
Y sufre por el pecado
que al universo mancilla,
la sentencia que le humilla
con santa resignacion.

¡Oh blanquísima azucena
á quien la angustia acrisola,
y que ciñes la aureola
del infortunio en tu sien!
Presta á mi pecho la llama
de tu cariño eminente,
para adorar reverente
su sacrificio tambien.

Sella con signo indeleble
sus llagas sobre mi seno;
y de su santo amor lleno

su fe resplandezca en mi.
Y hazme encontrar el camino
que cruzar se necesita
hasta la Sion bendita,
para postrarme ante Tí.

Mas entre tanto que llega
de mi vida el cumplimiento,
y cruzando el raudo viento
se eleva el alma al Señor,
haz que pensando en tu muerte
y en tu dolor sin segundo,
me acompañe en este mundo
tu patrocinio y favor.

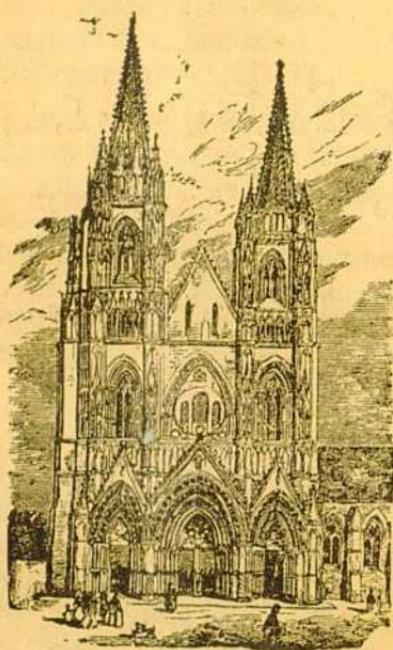
No me negueis, gran Señora,
pues vuestra clemencia es harta,
que con vos beba y comparta
el cáliz de amarga hiel.
Y no permitais tampoco
que relegue en el olvido,
del fruto de vos querido
la muerte fiera y cruel.

Y cobijado á la sombra
del árbol del sacrificio,
de mis culpas el juicio
sin pena veré ni afan.
Pues teniendo por escudo
tu piedad, vírgen Maria,
espero verte algun dia
donde los justos están.

FIN.



Se venden a 7 rs. en los establecimientos de
Hernández, calle del Milagro, número 5.
Don Antonio Boudier, en la misma calle
del Milagro, número 2, y don
Don Manuel Garrido, Xacatia, número 8.



Se vende á 3 rs. en los establecimientos de
Benavides, calle del Milagro, núm. 5.
Don Antonio Buendia, en la misma calle
del Milagro, número 2.
Don Manuel Garrido, Zacatin, número 8.